

VISION POETICA DE LA PUEBLA DE MONTALBAN

(La Puebla en la pluma de un poeta del siglo XVII
y de otros líricos autores)

El día siete de junio de 1981 la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo —dejando por primera vez su sede de la toledana calle de Esteban Illán— se trasladó a La Puebla de Montalbán para celebrar sesión pública y extraordinaria en el salón de actos del Ayuntamiento de dicha villa.

Excelentísimos e ilustrísimos señores.

Quiero, en primer lugar, agradecer a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo y a su Director doctor don Rafael Sancho de San Román, la oportunidad brindada con su presencia para que este acto tan singular pueda realizarse y yo intervenga en él para hablar, siquiera sea brevemente, de dos temas que me son especialmente queridos: la Poesía y La Puebla de Montalbán. Digo brevemente y lo repito y explico; me he propuesto sintetizar al máximo mi intervención porque así lo requiere la apretada programación y para que otras voces, mucho más autorizadas que la mía, puedan disponer del tiempo al que yo renuncio.

Esta «Visión poética de la Puebla de Montalbán» no será, pues, sino un rapidísimo esbozo, vistazo, más que contemplación; ojalá sirva, eso sí, para posteriores estudios, antesala de lo que en su día podría ser tratado con mayor profundidad y extensión por quien o quienes puedan y quieran hacerlo.

Hay una cita obligada que puede servirnos para centrar el tema. Desde que el Bachiller Fernando de Rojas, en los versos acrósticos que tanto han ayudado para disipar dudas sobre la autoría de la obra cumbre y sobre el lugar de nacimiento del escritor, desde que el Bachiller, repetimos, hace aparecer el nombre de La Puebla, hasta hoy, muchas, muchísimas veces, Puebla de Montalbán —ya en lo que a su entorno se refiere, ya con lo que su entidad de villa se relaciona—, ha sido objeto y sujeto para los poetas. No podía por menos de ser así; el lirismo de La Puebla nos viene dado por el paisaje

que la circunda, desde el Tajo, si hoy turbio para albergar ninfas y deidades y empañado para ser espejo, ayer transparente, rumoroso, garcilasianamente inspirador, hasta las calles recoletas y empinadas, jazmineando cales y lunas, con rincones propicios a la evocación, esquina de sonetos y plazuela de sabrosos romances.

Sea como fuere, en Puebla de Montalbán se dan las que bien pudieran llamarse constantes poéticas, las que sobreviven sobre ideas, épocas y estilos. Una torre que eleva, un río que camina al mar, un castillo histórico, legendario, unas frondas amables. Esto en lo puramente físico y palpable; por el lado del espíritu van unas devociones —María en su Soledad, Cristo en su Caridad—, también frecuentemente cantadas y glosadas por los que en verso escriben —escribimos—.

Pero, volvamos al Bachiller. Sabido es que Rojas ha escrito su tragicomedia sobre un escenario natural, real, plenamente vivido. ¿En cuántos pasajes de «La Celestina», aunque el nombre no se dé ni el lugar se explique, aparece poetizado, en medio de la prosa clara del texto, algo de este aire, de este cielo, de los huertos que fueron, de la cuesta que baja hasta el río? Vierto en uno de los sonetos que componen el poema «Cuando vuelve a ser fuego la ceniza», Premio «Montes de Toledo» de este mismo año, mi personal, indocta, intuitiva teoría, apasionada y líricamente mantenida:

*Si San Miguel en torre campaneaa,
si una calle se llama Tenerías,
si hay casas con celosas celosías
y huertos donde el sol pasa y pasea...*

*Si el río es la saeta que asaetea
el horizonte azul todos los días,
si en los floridos sotos hay umbrias,
aquí pudo ser fuego Melibea.*

*Fuego, calor, imán y pura llama,
femenino reclamo que reclama;
paloma ante el halcón de su galán.*

*—¿Dónde empieza, en verdad, lo prodigioso...?
(No nos neguéis un sueño tan hermoso
y dejadnos las rosas donde están.)*

Sí, dejemos la rosas y continuemos nuestro camino esta vez de la mano —de los versos— de Francisco Antonio de Bances.

Fue don Francisco de Bances y López-Cándamo uno de los más importantes poetas y dramaturgos españoles del siglo XVII. Nacido en Asturias, en Sabugo, concretamente, el año de 1662, estudió Humanidades en Sevilla, luego pasó a la Corte y allí destacó por su inspiración y altas dotes dramáticas. Se ha dicho de él —«*Bances Cándamo and the Calderonian Decadents*», Baltimore, 1929— que es la figura epígona del teatro español en aquella época, continuador de Calderón de la Barca; así la mejor obra de Cándamo, «La piedra filosofal», entronca con la calderoniana «La vida es sueño». De lo prolífico de su obra dan razón 24 comedias —«El esclavo en grillos de oro», «El duelo contra su dama», etc.—, cuatro autos sacramentales —«El gran químico del mundo», «Las mesas de la fortuna», etcétera— y un gran poema heroico. En un precioso librito, «Obras Lyricas», editado en Madrid por don Julián del Río, en 1729, aparecen la mayor parte de sus poemas.

Gozó Bances del favor del Rey; se cuenta que encontrándose muy enfermo en Madrid, el monarca, Carlos II, se interesaba a diario por la salud del escritor, llegando a dar una orden por la cual «se atajó» la calle de Alcalá, donde Cándamo vivía, porque se consideraba perjudicial a su salud «el ruido de los carros»...

Entre los amigos de Cándamo figuraba don Andrés Fernández Pacheco, entre otros títulos conde de San Esteban de Gormaz y primogénito del marqués de Villena. La amistad con los condes de Montalbán dio lugar a que el poeta —y precisamente, cuando alterna cosas tan dispares como el ejercicio de la poesía y el cargo de Superintendente de las Rentas Reales de Ocaña—, pasase en La Puebla de Montalbán una temporada.

De la estancia de don Francisco Antonio en La Puebla son prueba —además de otros datos no líricos— los poemas que compone sobre el Tajo, «Descripción y viaje de Tajo»:

*«Llegué del Tajo a la dorada orilla
con torpe y peregrina planta errante;
por la espaciosa, por la fértil vega
de Montalbán, en que fecundo riega
entre escollos de guijas resonante...»*

Viaja Cándamo con el río desde su nacimiento, pasa con él por Aranjuez, «Froncosa selva del Monarca Ibero / el sitio de Aranjuez, Jardín del Mundo, / segundo Paraíso sin segundo...». Con el Tajo contempla Toledo, «Esta imperial metrópoli de España...» y, por fin,

da en nuestra Puebla, «Este esplendor de Montalbán luciente, / el de Pacheco, lustre luminoso» para deleitarse y solazarse en las riberras de la entonces limpia corriente... «Ni porque escolten una y otra orilla, / en que tu curso pierdes, / los frondosos, los verdes, / sotos de Castrejón y Ventosilla...».

Es así mismo autor del que creemos único soneto dedicado al arroyo Torcón, que titula «Al arroyo Torcón que ha cavado gran profundidad en las peñas por donde se precipita» y que dice así:

*«Este florido arroyo caudaloso
que busca el Tajo con cristal sediento
dando su raudo curso movimiento
de un batán por sus brazos estruendoso.*

*Corre entre los peñascos tan furioso
que en sus escollos rústicos, violento
picos de perlas labran monumento
que corona las rocas portentoso.*

*Todo se rinde al tiempo, y la porfía;
si en las rebeldes peñas cavar tanto
pudo Torcón con su corriente fría.
Sólo en ti de los hombres con espanto,
más cruel y más dura cada día,
no hace impresión el curso de mi llanto.»*

Tiene Cándamo unos preciosos versos a la Virgen de la Soledad, y aun no habiendo constancia expresa de que estén hechos para la mariana advocación tan querida en La Puebla, bien podrían serlo: «Mi imaginación dio voz / a su dolor, pues en él / de aquel suspiro que vi, / en mí el rubor escuché... / La Soledad de María / de soledad copia fiel... / Oh, quien, Señora, a suspiros / os abrasase la tez / y ellos en ella enjugaran / las lágrimas que os causé.»

De lo que no cabe duda es de que Bances Cándamo visitó La Puebla, captó la belleza de sus parajes, la grandeza que aun pesaba sobre su histórico señorío; quizá oró ante las imágenes que ya eran —que siguen siendo— de la pueblana devoción y que, como es muy frecuente entre poetas, pagase en estrofas la hospitalidad que en La Puebla le brindaron.

El binomio Castillo-Melque está tratado, ya en los tiempos actuales, por varios poetas. Traemos el nombre tan querido —y no olvidado— de Anastasio Oliva. Anastasio, el buen Anastasio amante de

su pueblo —de su Puebla—, que veía así la fortaleza de Montalbán:

*«Se funde en el paisaje acariciado
por el luciente sol de primavera
la quietud del silencio prisionera,
dulcemente por ella conquistado...»*

Y en Melque se pregunta en verso lo que tantas veces, de un modo más prosaico, todos nos hemos preguntado...

*«Fuiste alcázar, convento, santuario
pero, en la oscura noche de la historia,
¿quién sabe de tu origen milenario?»*

Jesús Pulido Ruiz, también poeta, también de La Puebla, autor de un poemario titulado «Primeras huellas», en la búsqueda constante de la palabra y de la idea, poetiza así sobre el castillo:

*«Los siglos se reservan y apretujan
en mustios corazones de granito
y suben al bocado del espacio,
almenas desdentadas, a nutrirse
del canto de las aves pasajeras...»*

Y, en fin, el formidable castillo de Montalbán inspira a Jesús Cubero Maldonado en su obra «El despeñadero de la mora», drama trágico, según el autor explica en la portada, en tres actos y en verso, publicado en 1919 e impreso en la imprenta Serrano, de Toledo. Obra en la que Cubero mezcla historia, fantasía y realidad paisajística y en la que los personajes —Laura, Marta, Ramiro, don Rodrigo— dan fe en sus parlamentos de cuanto el autor ha creído aprovechable para este poético y, a la vez, histórico drama:

(Dice Laura).

*«Sin ningún soñado afán,
con una vida sencilla,
vivíamos en la villa
de Puebla de Montalbán...
Y allí, en la placidez,
de La Puebla en el reposo,
discurrió lo más hermoso
de mi cercana niñez...»*

Pero será La Puebla —las calles, el alma de La Puebla— lo preferido por los poetas. Guedeja-Marrón, el ilustre escritor toledano, con larga nómina de libros a las espaldas, poeta hecho, maduro y sensible, conocedor de Puebla de Montalbán y sus costumbres, el que diga:

*«Puebla de Montalbán, frutal palabra,
palabra talismán, llave maestra
para abrir el palacio del recuerdo.
Puebla de Montalbán, temblor de cales...
Puebla de Montalbán, la de los hombres
y mujeres que llevan en sus ojos
y en sus labios el alma descubierta...»*

Sandalio de Castro ha escrito sobre estas cosas sutiles e impalpables que forman y conforman el ser de todo un pueblo. De Sandalio, los que le conocemos —los que le admiramos— pensamos que debía seguir escribiendo... Siempre que leemos algo de Sandalio de Castro nos sabe a poco. Esta cuarteta elegida al azar entre su obra corrobora cuanto venimos diciendo. Alude de Castro a la torre de San Miguel —monumento definitorio y definitivo— con estos bellísimos versos:

*«Temblando la palabra, como un reto
se agiganta en la espiga de su arcilla
y se arrodilla el pan, y se arrodilla
ante un Cristo de amor en Amor quieto...»*

María Purificación García-Herguedas, notario por profesión y poeta por vocación, algún tiempo residente en La Puebla dejó dicho sobre el mismo tema de la torre de San Miguel:

*«Tú surges del milagro inigualado
del agua y sol, de tierra y de semilla;
del corazón del hombre y del arado...»*

Y Juan Martínez Bayo, en una pincelada sobria, sonora, localista, añade:

*«El pueblo, como un viejo, está callado,
sentado en la ladera de la tarde;
con la camisa blanca de sus casas,
con las abarcas negras de sus calles...»*

La Puebla de Montalbán puede ser vista así, como la viera un pintor antes de trasladarla al lienzo, o como se ve de carne adentro, de fronda a raíz, de brocal a pozo. María del Valle, Premio del certamen local de Poesía de 1976, ofrece esa visión intimista; habla de esa telúrica atracción:

*«Quiero callar
y el silencio me duele.
Me gustaría
confundirme entre el arado,
escarbar la tierra,
retenerla...
Quiero llorar ¡Y el río se me escapa!»*

Para otros —Angel Ballesteros Gallardo—, La Puebla es, además de la historia y de los monumentos, lo que los pueblanos quieren que sea...

*«Un pueblo es lo que quiere en el empeño
de todas las espigas de la era...
El río va cansado, mas risueño,
porque ha visto al olivo en primavera...»*

Benjamín Bustamante Madrid, el franciscano P. Benjamín, se deleita en los nombres bellos de las calles antiguas:

*«Cantan sus fuentes y sus calles:
Azufaifo y Atalfa.
Teme a Dios, Los Vedados...»*

.....

*«Canta su torre de San Miguel,
gigantesca guitarra de ladrillo.»*

.....

*«Canta el Palacio
pandereta de cal y reja despeinada...»*

Porque para el P. Benjamín —gran acierto de la metáfora, musical como suya— en toda La Puebla late, vibra, una sinfonía en «Sí Amor».

Antes de terminar la incompleta antología habría que dar más nombres, recoger más fragmentos de la obra de otros poetas que a Puebla de Montalbán han cantado o que en La Puebla han nacido. Cristóbal Granados —don Cristóbal— comparó estas tierras a las que tanto amó con las suyas de Andalucía, que no dejó de amar nunca. Y Miguel Villaluenga, poeta de corte becqueriano, nacido en La Puebla en 1923, fallecido en 1947, quien en su libro «Poesía», selección hecha por José R. Pérez, si no escribe, precisamente, de y sobre su patria chica, si lo hace —al menos, nos lo parece— influenciado por el paisaje físico, espiritual, que va con él en su corta vida y no le abandona:

*«Qué triste soledad la que me envuelve
estas tardes que avivan mis recuerdos;
me pesan, al caer, las lentas horas;
me asustan mis silencios...»*

Debo a mi buen amigo don Benjamín de Castro el libro —y el conocimiento— de este poeta del que algún día quiero hablar más extensamente. Quede hoy la constancia del poeta y de mi agradecimiento a Benjamín de Castro.

No quiero silenciar tampoco a aquellos que, sobre todo (hago referencia a un tiempo próximo), han dejado oír en La Puebla su voz de poetas. Entre tantos, Luis Rosales, Clemente Palencia, González Lara, Juan Antonio Villacañas, Carlos Murciano, Nicolás del Hierro, etc., etc. Todos, de un modo o de otro, han sido captados, atraídos, por el lírico imán de nuestro pueblo.

Las constantes del alma, las devociones heredadas y mantenidas, el fervoroso sentir hacia María en su Soledad, hacia la Caridad de Cristo, han motivado las más bellas composiciones. Cerremos con una de ellas tan rápida como deshilvanada charla:

El doctor Martín Aragón —Correspondiente de esta misma Real de Bellas Artes, Cronista de la villa, figura señera de la cultura pueblana—, al reeditar —cuidada, amorosamente— la obra de don Casimiro López Olarte, pone en nuestras manos los versos que el famoso don Ramón de la Cruz, «el sainetero», cofrade de la Esclavitud de la Virgen de la Soledad de Puebla de Montalbán desde 1755, escribiera y «El Siglo Futuro» publicase en la cuaresma de 1888, si bien los versos están escritos en 1759.

*«Al pie de la Cruz estaba
esta Reina dolorida,
viendo pendiente a su Hijo
para afirmar nuestra dicha...
¡Oh, cuán llena de dolores!
¡Oh, cuán triste y afligida,
al ver a su único Hijo
fue aquella Madre bendita!
Ea, Madre, de amor fuerte,
haz que la fuerza distinga
de tu dolor. Y en el llanto
te haga mi fé compañía.»*

Sonoridad del río, limpieza del aire, azul del alto cielo, verdes frondas de paz en los olivos. Campanas y cigüeñas, rejas y escudos. Un palacio, conventos, plazas y plazuelas. La espiga y la rosa, el frutal y la historia. Lo pasajero y accidental, lo esencial e inmutable. El hombre ilustre que dejó huella de hazañas y eco de apellidos, el hombre sencillo que dejó sudores anónimos. El pueblano señero, el pueblano desconocido...

Esto es Puebla de Montalbán; de todo ello, quintaesenciado, bien puede obtenerse un perfume poético inigualable. Lo que precede no ha pretendido ser otra cosa que una mínima muestra de tan delicado aroma.

Nada más y muchas gracias.

Puebla de Montalbán, 7 de junio de 1981.

RAFAEL FERNÁNDEZ POMBO
Correspondiente

